

Para cualquiera de nosotros resulta cotidiano la presencia de los molinos de viento en nuestro horizonte, algunas veces ni reparamos en su presencia, es algo normal y que parece ser no tenemos en gran estima. ¡Para molinos... los manchegos! Esos molinos que hiciera inmortales Cervantes, y que mantuvieron titánicas luchas contra un valiente caballero andante.

Nada tienen que envidiar nuestros molinos a los manchegos salvo su fama, eso sí, existen sus diferencias. Los molinos mediterráneos en España se pueden dividir en tres grandes grupos; los manchegos, los andaluces y los del Campo de Cartagena, siendo el de Levante el que más diferencias tiene respecto a los otros dos, de cuerpo cilíndrico y cuatro aspas en las que se aparejan las velas rectangulares en el caso del manchego y más cuadradas en el andaluz. La torre de nuestros molinos es tronco cónica y sus ocho o diez palos no portan aspas, sino que es entre los palos donde se aparejan las velas latinas triangulares.

Hay que decir que no siempre fueron velas triangulares las que lucieron en sus chapiteles nuestras torres, evidencia de esto lo tenemos en la foto del molino del monte de San José, que aún portaba aspas como los manchegos. La incorporación de las velas a nuestros molinos hay quien se la atribuye al marino Jorge Juan, fuera así o no, lo cierto es que es un gran avance en seguridad. Mientras en los de aspas el molinero accionaba el freno para inmovilizar la máquina y trepando por el enrejado del aspa desplegar la vela, con el peligro de que se soltase el freno y quedar atrapado dando vueltas, en el del Campo de Cartagena no hace falta levantar los pies del suelo para desplegar el velamen.

